

## MANIFIESTO IRREVERENTE Y OTROS RELATOS CAPITULO II “ ADOLESCENCIA DE JESÚS “

Un poco más crecido Jesús Tadeo, siente cierta atracción por una niña, según creía mayor que él, porque ésta era dueña de un lindo cuerpo, macizo, bien formada, hermosa de cara y sonrisa, labios gruesos y siempre húmedos, pero con una presencia europea tan notable, pues era blanca, ojos muy claros, casi verdes, que a Jesús le infundía cierta timidez.

Para la desgracia de Jesús, ella era, además, una de las hijas del dueño de la lechería. Era la casi patrona y actuaba como tal frente a los jornaleros lecheros, por lo tanto, también tenía la misma actitud prepotente y despótica con Jesús. A pesar de ello, ella frecuentemente lo llamaba cuando necesitaba que le fuera a comprar algo al almacén de la esquina de propiedad de una italiana o, si éste estaba cerrado, al boliche del chino de la otra esquina, dándole por tal servicio algunas monedas del vuelto. Esta persistente preferencia que tenía esta niña por él para solucionar cualquier contingencia que ella tenía, lo estaba sumiendo en una especie de duda. No sabía por qué él, inconscientemente esperaba con ansiedad que ella lo llamara a pesar de sus aires de superioridad y forma dura de tratarlo. Pero, con el tiempo ella poco a poco ella fue suavizando su tono y trato, lo que Jesús lo interpretó como un signo de coquetería. De vez en cuando ella mostrando gestos y modales de gatita, sonriendo se acercaba a Jesús y le ordenaba suavemente, diciéndole:

“Jesucito... Por favorcito... Anda a comprarme dos chocolates y un paquetito de pastillas de menta... ¿Quieres, por favorcito?”

La tenía como una idea fija en su mente, a tal punto que muchas veces después que llegaba del colegio, se lavaba la cara, se peinaba con mucho cuidado, no se miraba al espejo porque en su casa no había este elemento, y se dirigía a la lechería, al lugar donde ella pasaba todos los días de vuelta del Liceo, en dirección a su casa patronal.

Y ella iba apareciendo desde lejos, acercándose lentamente como una sombra resaltada por el sol poniente del atardecer y pasaba indiferente frente a él, ignorándolo, sin mirarlo y por supuesto sin el más mínimo ademán de notar su presencia, como si Jesús fuera invisible. Este nuevo hábito de Jesús, de aseo minucioso y pretensión, le fue pareciendo

extremadamente extraño a su observadora madre, que no sabía qué le estaba sucediendo a su esforzado hijo.

Ella era un tipo de niña que llamaba la atención de todos los lecheros por poseer un tipo de físico sensualmente atrayente, ancha de cadera y pechos muy poderosos. Los comentarios jocosos que hacían los trabajadores de ella eran muy atrevidos y obscenos. Y tenían razón. Era casi una hembra, vigorosa y muy bien alimentada.

Jesús empezó a pensar en ella insistentemente y deseaba ardientemente verla todos los días, de lejos, sin que ella se diera cuenta. Y continuaba siendo el mocito feliz de esta niña que lo trataba poco a poco con más suavidad, con cierta ternura, pero cuando no había nadie observándola. Jesús notando este paulatino mejor trato fue tejiendo una novela de amor en su ingenua mente adolescente, algo así como la princesa y el mendigo, pues, para Jesús, ella, por lo inalcanzable y bonita, era una princesa.

Pasó el tiempo y Jesús ni siquiera supo si éste sentimiento fugaz había sido correspondido por ella, la inaccesible. Todo este sueño terminó para Jesús cuando un día, ella, su casi patrona, llegó de vuelta del Liceo, acompañada de un fornido muchacho, casi un hombre, alto, muy bien vestido y de tipo agringado, el cual le ceñía la cintura mientras caminaban. En la mente de Jesús pasaron raudamente mil humillaciones y penas.

Los problemas económicos en el hogar de Jesús eran cada día más difíciles de solucionar, en gran parte porque todos sus hermanos estaban más grandes, lo cual ocasionaba un gasto mayor.

Jesús deseaba integrarse y ser considerado como igual en el colegio, ir a los malones que planificaba el curso de él o los otros cursos o colegios como el Liceo, pero era imposible. Carecía del vestuario adecuado y aunque lo tuviera siempre sería menospreciado porque todos sabían o lo habían visto en la calle haciendo su modestísima actividad comercial. Fue tanta esta presión que angustiaba a Jesús que llegó el día en que decidió no asistir más al colegio.

Su padre le prometió comprarle zapatos, pantalones nuevos, con tal de que no abandonara el colegio, pero fue imposible. No fue más. Estuvo tres meses buscando trabajo, sin hallarlo. Hasta que el padre le dio un ultimátum: “O trabajas o te vas de la casa”. Lapidario. Así era la costumbre en esos años. El que no trabajaba, no comía, decía todo el mundo. Jesús

también abandonó su casa paterna. Se fue y sólo, haciendo caso omiso a las disculpas de su apenado padre. De tal palo...

Podía seguir ganándose la vida vendiendo lo que fuera en la calle, diarios, empanadas, brillantina, cachivaches del botadero de basura o como lechero ordeñador de vacas, en fin, no se iba a morir de hambre. Pero el asunto era que ya no era un niño; ahora era un joven con dignidad y con cierta cultura.

Además la vida le había enseñado que algunos trabajos honestos deshonran, que la sociedad está estructurada en jerarquías cerradas desde la más baja a la más alta, cada una con sus creencias, modos, modales, tabúes y prejuicios, y que el grado de servilismo, esclavitud, crueldad, hipocresía, codicia, etc. se concentra en la clase encumbrada dueña, justamente por esta característica, de todos los poderes.

Jesús pensaba que por el solo hecho de llegar a ser un hombre pobre, sería despreciado, discriminado, tratado como un ignorante y villano. ¡No!. Jesús no estaba dispuesto a pertenecer a esa clase social tan mal tratada. . Ahora que ya comprendía las cosas, sentía pudor de andar en las calles vendiendo sus mercaderías. Y también le daba vergüenza ordeñar las vacas los días domingos, porque algunas jóvenes del colegio que lo conocían iban a comprar leche esos días y lo veían descalzo, sucio, con olor a bosta, trabajando al igual que los otros gañanes.

Jesús se devanaba los sesos tratando de justificar esto que pensaba, que atentaba contra su sentimiento de pertenencia a esta clase social tan menospreciada, humillada, explotada, ignorante, y tremendamente poderosa cuando unida lucha contra sus enemigos. Jesús al parecer sin darse cuenta, quería cambiar de forma, pero no de esencia, sin sospechar cuán difícil sería la lucha contra el super ego estampado por su padre en lo más profundo de su cerebro.

La vida se le estaba haciendo mucho más difícil a Jesús. Estaba en la calle. No tenía dónde dormir ni donde acudir a saciar el hambre. A pesar de estas penalidades se resistía a vender empanadas en la calle o ir al botadero de la basura en Punta Negra a recoger alguna cosa para vendérselos al judío. Esto significaba integrar de verdad la clase social más baja aún que la clase obrera. Además cuánta vergüenza le daba el que alguien, de su colegio, lo viera tan andrajoso como andaba.

Realmente era una situación desesperada en la que estaba sumido el pobre Jesús, esto último dicho con toda propiedad. Pobre Jesús. Los primeros días

durmió en la playa, cavando un hoyo en la arena tibia, dejando solamente la cabeza afuera. Cierta noche, casi le pisan la cabeza las patas de los caballos de los carabineros que hacían rondas nocturnas por la playa, tratando de ahuyentar a los vagabundos que acostumbraban tomar por hotel las calientes arenas de ese lugar. Afortunadamente, Jesús tenía una hermana muy buena y a veces se acercaba a la playa a llevarle algunos sándwich de pescado.

El hambre lo obligó a volver a la lechería, a trabajar como gañan. El alojamiento lo solucionó cuando el capataz lo autorizó a dormir en la bodega del forraje de las vacas, donde había sacos de sobra para cubrirse. Poco a poco se fue acostumbrando a su nuevo lecho, donde descansaba, dormía tranquilamente, con el estómago repleto de leche y sin el molesto y ruidoso rebuzno del burro del vecino.

Los días sábados, día de pago, todos los lecheros, siempre que no hubiera peleas en el Garden Ring, partían en bulliciosa patota al anochecer hacia el restaurant “Monte Carlo”, a comer pescado frito y beber gaseosa, ya que ninguno de ellos bebía vino o cerveza. Jesús era el más joven del grupo, pues los otros bordeaban los dieciocho años. Esta típica comparsa de jóvenes trabajadores, alegres y haciéndose mil bromas entre ellos, bajaba por el medio de la polvorienta calle Latorre hacia el Mercado, con sus mejores tenidas de salida. Algunos calzando zapatos de fútbol bien lustrados y sin toperoles, pantalones con bastillas exageradamente anchas, camisas con las mangas arremangadas y bien peinados y otros, los menos, con lo mejor que tenían, pero descalzos y sus pies bien lavados. Jesús era la mascota del grupo por ser el más pequeño, joven y oriundo del barrio desde niño.

El más culto del grupo y más inteligente era un trabajador que se distinguía por vestir solamente y en forma permanente, todos los días, todas las semanas y todos los meses, un viejo overol, con varios hoyos en las piernas, en la parte delantera, sin nada debajo de esta prenda, el que a veces lavaba los días domingo, esperaba en calzoncillo que el sol radiante se lo secase y luego procedía a vestirse de nuevo hasta un próximo domingo. Este hombre era totalmente despreocupado de su presencia.

Acostumbraba usar el cabello largo, no usaba barba. Por su modo de ser y vestir pareciera que fue algo así como un precursor o a lo mejor fue el fundador anónimo de la moda hippie o de la moda de identificarse que adoptaron ciertos intelectuales en décadas futuras como la barba, el total desaliño en el vestir. En suma, este compañero de trabajo era una verdadera provocación a las gentes del buen vestir, incluyendo a los

lecheros que tenían sus gustos para vestirse de acuerdo a sus ingresos y modas propias de su cultura y ambiente.

Muchas veces tuvo que defenderse de los insultos que le eran proferido por algunas personas que se sentían ofendidas por su estilo de vestir y sobre todo por las ácidas críticas y opiniones que emitía cuando discutía fundamentando su postura frente a la vida. Este personaje, porque era un personaje en el grupo, tenía un apellido de un famoso escritor chileno, de descendencia extranjera, una de cuyas obras era lectura obligada en el colegio y que Jesús había leído. Jesús siempre captó el lenguaje culto de este hombre, el profundo significado de lo que hablaba y opinaba cuando intervenía en las ruidosas y risueñas tertulias de todos.

Los lecheros se mofaban de él, pero nunca para ridiculizarlo seriamente, todo era broma sana y de amigos. A veces, cuando éstas se sobrepasaban o eran hechas en mal momento, el hombre del overol reaccionaba recia y virilmente, pues era una persona fuerte, nervuda, alta, huesuda y con gran fuerza física, lo cual demostraba cuando al momento de forrajear a las vacas él cargaba tres fardos de pasto a la espalda en vez de uno, como lo hacían todos. Jesús aprendió mucho de él y siempre agradeció sus enseñanzas, sus buenas maneras, trato y protección de hermano mayor que él le brindó.

Jesús se había informado que en la mina de sal de Patillo necesitaban jornaleros y se presentó en la Oficina de esta empresa, cuyo dueño era un tal Mofeller, según se comentaba.

La secretaria, una joven señorita, miró a Jesús con cara de incrédula. Le preguntó si había trabajado antes en trabajo pesado. Jesús respondió que sí, en la Pampa. Dudosa, la señorita, le aseguró que el trabajo ofrecido era para jornaleros acostumbrados a ese tipo de trabajo, agregando que él era demasiado joven como para pensar que tenía experiencia para soportar tales labores. Jesús debió darle mil explicaciones para lograr convencerla de que él era capaz para trabajar al igual que los otros trabajadores. En esta situación ni siquiera se atrevió a consultar cuáles eran las condiciones de trabajo, beneficios y garantías y lo principal el monto del salario. Era casi habitual que los trabajadores aceptaran trabajar por el dinero que les pagaran, por lo tanto generalmente solamente se sabía cuanto se iba a ganar cuando llegaba el día del pago. Tampoco se firmaba papel alguno, solamente solicitaban el nombre y a veces algún documento de identificación. Afortunadamente para el contento Jesús llegó el día de la partida a la mina de sal.

Un día y mes cualquiera de la segunda mitad de la década 1940-1950 a las 16 horas desde el Mercado de Iquique, Jesús, junto a otros obreros, alegres y bromeando sobre la camioneta, estaban iniciando el viaje rumbo al desierto salado, para ganarse solamente el sustento con el abundante sudor de su frente.

Cerca de ocho meses Jesús trabajó en el Salar de Bahía Blanca, a 40 kilómetros de la caleta de Patillos, hacia la Pampa, y a cien kilómetros al sur de Iquique. Su primer trabajo fue en la máquina trozadora de las rocas de sal y su trabajo consistía en empujar con un chuzo los trozos de sal hacia el embudo que los aspiraba para triturarlos. Al cabo de una o dos semanas Jesús tenía las palmas de las manos despellejadas, lo cual le causaba un gran ardor con el movimiento del chuzo, la transpiración y la sal.

Los compañeros de trabajo, todos hombres acostumbrados a este tipo de trabajo, le aconsejaban que se orinara las manos para quitar el dolor. A la tercera semana, debido a este impedimento lo cambiaron a la sección de empaque. Aquí el trabajo por realizar era a trato y consistía en ir llenando, en pareja de dos jornaleros, los sacos con sal desde una hilera de embudos desde donde salía la sal molida hacia los sacos y trasladarlos al lugar donde estaban los trabajadores que los iban cosiendo. Era un trabajo continuo, coordinado y sin interrupciones, por lo que para Jesús era realmente una prueba de fuego para demostrar su capacidad y aguante y no ser molestado con bromas denigrantes por parte de sus compañeros de labores.

La dignidad y el amor propio ayudaba a Jesús a soportar el gran dolor que sentía en sus manos llastadas por el garfio o gancho y continuaba trabajando, sin quejarse y disimulando su martirio. El gancho, o mejor dicho el garfio, es una herramienta consistente en un mango de madera y un filudo fierro curvo, el que colocado entre los dedos y la palma de la mano empuñada, sirve para agarrar la carga y evitar que se suelte o resbale. Este elemento es usado por todos los cargadores y ha servido siempre como un arma de ataque y defensa personal.

Cuando no se tiene costumbre en su uso o las manos no están protegidas por callos, su utilización al inicio causa dolorosas ampollas y llagas, especialmente cuando se manipulan productos cáusticos como la sal. El pago a trato obligaba a todos a aumentar el ritmo de ensaque, por lo que cualquier interrupción a la cadena de trabajo era enojosa y a veces groseramente reclamada por los más fuertes y abrutados. De esta manera, el arrastre continuo de sacos de 80 kilos de sal, durante ocho o diez horas

de labor diaria, iba profundizando las heridas que Jesús tenía entre medio de los dedos, las que aumentaban con la acción de la sal. Pronto sus manos se encallaron y el trabajo se tornó menos sacrificado.

Al tercer mes fue nuevamente cambiado. Ahora como peoneta de un camión de seis toneladas que era parte de la flota de camiones que trasladaba la sal ensacada hasta las bodegas ubicadas en el puerto de Patillos, distante aproximadamente 40 kms. de la mina. Las bodegas eran de ocho a diez metros de altura, en la cual se iban almacenando los sacos en altura mediante gruesos tablones por donde tenían que subir los cargadores y colocarlos ordenadamente. Al cabo de cinco meses, Jesús estaba feliz. Había sanado completamente de sus manos. La famosa puntada chilena la tenía aislada con una buena faja y trotaba por los tablones con los sacos de sal de 80 kilos sobre su espalda. Estaba convertido en todo un cargador y de los buenos.

El campamento de la mina de sal, ubicada en el medio del desierto, estaba compuesto por dos galpones. Uno servía de cocina, el otro de comedor y sala de estar y otras pequeñas construcciones ligeras. Había una pulpería, donde se podía proveerse, con descuento en planilla, cigarrillos, conservas, fósforos, calcetines, algunos gorros y especialmente alpargatas. Jesús nunca tuvo oportunidad de juntar algo de dinero, ya que su salario le alcanzaba solamente para cancelar los precios de estafa que pagaba por sus mínimas compras que obligadamente tenía que hacer, como jabón, cigarrillos, alguna conserva de fruta, alguna prenda de vestir y las gastadoras alpargatas que usaba, pues la empresa no suministraba ningún elemento de vestuario, zapatos, guantes, etc. para ejecutar las pesadas y peligrosas labores.

Los trabajadores dormían a plena pampa salina, bajo unos habitáculos pequeños, individuales, piso de sal, con forma de iglú, hechos con trozos de sal, semejantes a la manera como los construyen los esquimales. Jesús dormía cómodamente sobre sacos vacíos y tapado también con sacos vacíos, escuchando el extraño ruido que emite la sal durante la noche con el cambio de temperatura.

La gente que componía la fuerza de trabajo eran casi todas personas sin responsabilidades de familia. Es posible que alguno de ellos haya sido casado, padre de familia, abandonado a su mujer e hijos; otros, es probable que sean aventureros, sin rumbo fijo; quizás se encuentre entre ellos algún peligroso ex- presidiario, etc., pero la mayoría eran hombres de trabajo que al parecer su único hogar era el campamento, donde tenían comida segura, su dormitorio mirando las estrellas y un sobrante de dinero

para “bajar a Iquique” cada cierto periodo a gastar lo ganado en mujeres que vivían y realizaban su trabajo público en la calle Thompson.

Siempre en un grupo social se va encontrar alguien que sobresalga por poseer alguna característica especial. Los hay matones, farsantes, brutos y de vez en cuando alguien pensante, reflexivo, calculador, intuitivamente inteligente y por lo mismo casi culto. Jesús observador como siempre se entretenía en sus noches de descanso analizando a cada uno de ellos; los calibraba en sus diferentes potencialidades y posibles habilidades. Algunos eran francamente animales de trabajo duro, huraños y violentos cuando algo no les era grato y a los cuales había que evitarlos y lisonjearlos; otros, los más, eran hombres buenos para trabajar y buenos de corazón, aunque cargando una inmensa ignorancia a cuestas, lo cual los hacía temerosos de Dios, de la ley y de sus representantes uniformados y sobre todo del temible patrón, el que con solamente levantar un dedo los hacía desalojar violentamente de su dormitorio a lo esquimal con todos sus cachivaches.

Se vivía en Chile, en pleno medio siglo veinte, año de 1950, todavía en una especie de democracia amordazada. El que reclamaba por las alzas de precios, por los bajos salarios, por el abuso descarado de los patrones contra sus trabajadores, etc. etc. era considerado un subversivo, un agitador. Por lo tanto, la ley dictada por el gobierno de ese periodo, la famosa transgresora de los derechos humanos, denominada “Ley de Defensa de la Democracia”, permitía que todos estas personas descontentas, motejadas de antipatriotas, que lesionaban el desarrollo del progreso de la nación, fueran apresadas y sin juicio alguno enviadas al conocido puerto de Pisagua, lugar de concentración de todos estos trabajadores, considerados peligrosos para la tranquilidad ciudadana, y donde eran objeto de una férrea custodia militar fuertemente armada para evitar una posible fuga con siniestras consecuencias, según la opinión del único diario que se publicaba en Iquique, “El Tarapacá”, ya que el otro periódico, el de los trabajadores, el de los explotados, “El Despertar de los Trabajadores”, había sido clausurado y sus directivos apresados.

Un día domingo, día de descanso, mientras encendía su cigarrillo se le acercó amistosamente uno de los trabajadores que Jesús en su análisis lo tenía calificado como la lumbrera intelectual de ese medio. Era un hombre de unos treinta años, macizo, barbón y una gran cabellera larga, a lo Tarzán. Después del saludo inició este hombre como una especie de encuesta, manejada ésta hábilmente, de tal forma que Jesús iba respondiendo todas las preguntas que intercalaba en la conversación este compañero de trabajo. Jesús que tampoco era ingenuo también usó el



mismo método para conocer mejor a quien le estaba confiando sus apreciaciones sobre esto y lo otro.

Lentamente la conversación se hizo de confianza y como era lógico se acercaron poco a poco al tema político. El hombre coincidió con el pensamiento de Jesús. Su concepto de la religión, de los poderes, de la guerra, de la ley y de la justicia; del Presidente de Chile Gabriel Gonzalez Videla y su histórica traición a los comunistas; las clases sociales en pugna, de la Unión Soviética, de la Revolución China, de los dictadores de Nicaragua, los Somozas; hablaron de El Salvador, del dictador de Cuba el tal Batista, etc. etc. Y por supuesto que hablaron de Marx y Engel, de El Manifiesto Comunista y de Lenin y Stalin. A juicio de Jesús, este hombre era un maestro. Sabía de todo, pero hablaba muy poco, era muy reservado.

En ese tiempo era muy arriesgado hablar estos temas, pues las consecuencias era el despido, como mínimo o una pateadura por algunos rufianes pagados por los patrones o también ir a parar a Pisagua. A pesar de la diferencia de edad, Jesús por cumplir los 17 años, Jesús lo consideró una persona confiable, honesta y un amigo.

Pronto Jesús se integró a una reunión amistosa con otros compañeros que también eran muy cercanos a Marcelo Reyes, que era el nombre de su amigo. A Jesús le llamó mucho la atención el hecho que estos compañeros de trabajo durante sus conversaciones no bebieran vino, como era la costumbre cuando había una convivencia entre amigos. Ellos estaban intrigados por la sapiencia de Jesús sobre temas tan complicados de la política mundial y nacional y de los conceptos marxistas que sin darse cuenta Jesús manejaba. Se vio obligado a contar que su padre, mantenía muchos libros guardados y escondidos en una caja y que él los leía a escondidas.

Además debió explicar que su estricto padre le había enseñado desde que era pequeño durante el almuerzo, durante la comida, prácticamente todo y todos los días escuchándolo hablar, criticar, enojarse con lo que pasaba en Iquique y en otras partes de Chile y el mundo.

Pasaron semanas y meses y Jesús fue aprendiendo de estos hombres honestos que vivían sacrificando su salud para solamente lograr alimentarse y dormir como animales. Ellos sabían perfectamente que la lucha contra el eterno gran poder unificado de los dueños del capital y su capacidad manipuladora sería larga y cruel, y que sin idealismos falsos, sino que con un actuar unido, utilizando el medio más eficaz, algún día la sociedad humana lograría organizarse para eliminar los factores de

producción parasitarios y entregar inicialmente a cada uno según su trabajo y después a cada uno según sus necesidades.

Jesús era más profundo para pensar. Todo este ejercicio mental, de conversación a veces con opiniones contradictorias, con posiciones casi dogmáticas e idealistas, era a veces, para Jesús muy irreales.

Mil preguntas sin respuestas bullían en el cerebro de Jesús. La teoría marxista era correcta y hasta esos años y hasta hoy no existe otra teoría que se le iguale en sus fundamentos para organizar la sociedad de una manera más racional y justa. Existe también la teoría de cómo es posible derrotar a los que se oponen a una total reorganización social que suprima para siempre todos los vicios corruptores de la mente humana. El problema consiste en saber cuándo se va a lograr este milagro social. Los cristianos llevan dos mil años pregonando lo mismo y lo único que se ha logrado es un dudable bienestar en el cielo, después de muerto, si es que ésto es cierto. Las otras religiones, presentes y pasadas, han ofrecido a los pueblos las mismas prebendas y ningún dios ha cumplido su palabra con los humildes. A pesar de las persecuciones, matanzas masivas, torturas y los más increíbles métodos ideados y aplicados con el fin de atemorizarlos con el castigo divino, esta pobre gente aún confía fervientemente en esos dioses tan increíblemente mal agradecidos.

Los pueblos de todos los continentes, los más desamparados, los más exterminados, los casi muertos de inanición, siguen confiados, como miles de años atrás, en que esos dioses le solucionarán los problemas durante su paso por el mundo de los vivos y confían, irracionalmente, que una vez muertos gozarán de buenos alimentos, vida sana y eterna. Esto es cuestión de fe, es cierto, pero no deja de ser una posición realmente atentatoria contra la inteligencia humana.

Y ellos, los administradores y gerentes de esos dioses, racionales profesionales de las religiones, los que habitan los lujosos palacios que según afirman es la casa de Dios, dedicados solamente al estudio placentero, a las delicias de todas las artes, a la adquisición de conocimientos y al goce de lo mejor que existe en la tierra, en el mar y aire, viven como dioses. Ellos gozan la vida aquí, en la tierra, y rezan todas las plegarias para vivir cien años y postergar lo más posible su viaje al cielo a servir a los dioses y a los santos. Según esto, pareciera que los goces terrenales son superiores a los del cielo.

Dado que la perversidad de un hombre es directamente proporcional a su riqueza, razón por la cual Cristo, Hijo de Dios, según se dice, en sus

sermones afirmó que era más fácil que un camello con joraba y todo entrara por el agujero de una aguja que un rico al reino de los cielos, sin embargo ni un solo rico y poderoso le teme a Dios, quizás confían en las donaciones que entregan a los representantes de Dios en la tierra para que éstos logren salvarlo del Infierno, a escondida de Dios. ¡Pobre Jesús, qué tremendas barbaridades, bullían en su mente!

Jesús no entendía cómo era posible que hubiera tantos ricos que están destinados al infierno, pues tienen tanto dinero que es muy probable que en sus conciencias rondan los fantasmas de miles de hambrientos, asesinados, masacrados y mutilados. Jesús, en verdad, tenía un tremendo problema con este temita, y testarudo como era, nadie, absolutamente nadie, ni el más sesudo y erudito de los hombres lo podría convencer de lo que escondidamente estaba pensando.

Jesús se sumía en profundos pensamientos con tantas contradicciones que iba deduciendo en sus reflexiones. Se acordaba del fanatismo mostrado por los feligreses de su barrio cuando los 16 de julio de cada año con ocasión del día de la Virgen del Carmen, o de La Tirana, su nombre más común, se dirigían al pueblo donde se había inventado un mito o milagro de este ser milagroso.

Durante esos días el pueblito, arenoso, calichento, polvoriento, del abandono total durante todo el año se convertía en esos días en el centro comercial más concurrido del año y en el escenario de las más variadas muestras del fervor creyente, con penitencias de auto fragelamiento sangrante hasta la euforia demencial. Jesús, creía que el paciente y perseverante actuar de los representantes de Cristo en la tierra durante casi dos mil años, con la espada, la opresión y la palabra había logrado transformar a estos seres humanos en su poderoso ejército de incondicionales aliados, paradójicamente, inconscientes que éstos son los causantes de su propia miseria e ignorancia. Jesús estaba convencido de su capacidad intelectual, la cual era, según su juicio, afirmada cuando constataba con gran sorpresa que muchos renombrados científicos publicaban sus opiniones sobre este tema de una forma bastante parecida a las conclusiones que Jesús vislumbraba. Estas coincidencias lo hacían pensar que tal vez el ser humano tiene en su cerebro una especie de biblioteca repleta de conocimientos y que basta con solamente hurgar un poco en él, para comprender muchas incógnitas de la vida.

Una noche todos los trabajadores del campamento de las minas de sal fueron despertados con gritos de hombres que proferían órdenes con lenguaje grosero y ofensivo para que todos se levantaran y salieran de sus

iglúes de sal. Jesús un poco sobresaltado se viste a la ligera y sale de su refugio donde dormía.

Era la madrugada y en el cielo las estrellas brillaban como siempre en la inmensidad de la pampa. La oscuridad era total. A cierta distancia se podía divisar algunos vehículos con las luces encendidas y varios hombres con uniforme militar, algunos con perros que ladraban furiosamente hacia donde estaban los trabajadores semi vestidos y parados frente a sus respectivos iglúes. En la oscuridad de la noche, Jesús no podía ver qué estaba pasando, pero escuchaba las palabrotas amenazadoras de la fuerza militar llamando a guardar silencio. Después de la primera confusión, todos formados como si fueran soldados, un oficial con linterna y revólver en mano, acompañado de dos militares con metralletas iniciaron el interrogatorio uno a uno de los cerca de cincuenta obreros semi desnudos y tiritando a causa del frío del desierto.

Jesús afortunadamente esa noche especialmente helada se había acostado con pantalones, por tanto le bastó solamente coger un chaleco de lana que siempre lo colocaba a mano para abrigarse si tenía que salir a orinar fuera del iglú. Después de casi dos horas de esperar parado su turno para ser interrogado, el oficial de la linterna le alumbró la cara y le pregunta:

- “¿Y vo huevón, cómo te llamai?”

- “Jesús Tadeo Medina Huincaleo, señor” Contestó Jesús.

- “¡¡No te entiendo, huevón!!.. ¡¡Habla más fuerte... Como hombre!!” Replicó casi gritando, el oficial chileno.

- “¡¡Jesús Tadeo Medina Huincaleo!!... ¡¡Señor!!” Respondió Jesús, casi gritando.

- “¿Me estai diciendo huevón, que tu nombre es Jesús... Que tu segundo nombre es Tadeo... Que Medina es el apellido de tu padre... ¿Y que tu madre es una mapuche de mierda?!... ¿Es así o no?” Le replicó el oficial del heroico Ejército de Chile.

Jesús se acordó de su mamacita, la mujer más humilde y buena del mundo, la que con orgullo le contaba la historia de su familia y pueblo de Arauco. En segundos su cerebro entró en acción para decidir la respuesta ante tal insulto a su madre.

Conclusión: no valía la pena lidiar en tan desventajosa situación y ni siquiera contestar. Y no contestó. Guardó silencio. El oficial alterado, casi gritando, repitió:

- “¡¡Contesta, huevón!!... ¿¡Es así o no!? Le grita furioso el oficial de ejército.

Jesús era un privilegiado. La vida le estaba dando la oportunidad de probar el ser o no ser, aquel antiguo dilema que siempre lo mortificaba. ¿El honor para los pobres existe o solamente los ricos tienen honor? ¿La valentía es visceral, biológica, genética, animalizada, irracional, impulsiva, por lo tanto él no era valiente, lo está probando en este momento, o de lo contrario le habría contestado al oficial con un fuerte golpe de puño, para lo cual él era especialista y no lo hizo. ¿O a lo mejor era un cobarde? No. No era cobarde. Porque la cobardía es como el antónimo de la valentía. Tiene las mismas características. El valiente no se forma, se nace con la valentía. De igual forma, el cobarde nace cobarde. Estos dos conceptos son irreversibles. Enfrentar a un hombre valiente es como enfrentar a un animal y la mejor arma para combatirlo es la razón. El valiente cuando ataca es ciego, ve todo rojo y mata. Es potencialmente asesino. Muchos de estos ejemplares humanos se convierten en héroes cuando sus impulsos biliosos son bien utilizados. Un sabio hombre aconsejó una vez evitar a este tipo de personas y acercarse al hombre de valor, a aquel que enfrenta el peligro con la mente abierta, siempre pensante, sereno y apacible. Desde el punto de vista humano el hombre de valor vale mucho más que el hombre valiente. Jesús en un segundo recordó todo esto y se autoanalizó.

Definitivamente no era un cobarde porque estaba tranquilo, no temblaba ante el irascible y poderoso; su cara estaba serena, sin una pizca de miedo; su cerebro estaba funcionando muy bien, analizando los gestos del oficial, evaluando su grado de primitivismo y llegó a la conclusión nuevamente de no responder. No valía la pena.

Estaba procesando en su cerebro esta decisión cuando su brazo impulsado por una fuerza desconocida y totalmente fuera de su control con el puño cerrado impacta como una bala en pleno rostro del oficial del Ejército de Chile.

Al día siguiente, Jesús, Marcelo y dos amigos más, despertaron con los saltos del camión militar que se dirigía por la pedregosa y polvorienta ruta costera en dirección a Iquique. Todos habían recibido castigos físicos técnicamente muy bien aplicados, por lo que las lesiones se sufrían, pero no eran visibles a simple vista, excepto las de Jesús, quien había sido

agredido con pies y manos por varios soldados que estaban juntos al oficial. Jesús mostraba profundas heridas en su cara en el cuero cabelludo, en sus manos, etc. El convoy militar ingresa a un regimiento y los detenidos son recluidos en un cuarto especialmente habilitado como celda.

Iban a ser procesados conforme al Código de Justicia Militar por diferentes actuaciones en contra de las autoridades de Gobierno. Jesús por agresión a Oficial de Ejército en Servicio. Marcelo y los otros dos amigos por infracción a la Ley de Defensa de la Democracia y confinado a Pisagua. Jesús por ser menor de edad fue dejado en libertad después de veinte días de estar encerrado.

Después Jesús supo que Marcelo y sus amigos conformaban una célula de un partido de los trabajadores de Lota y que estaban siendo buscados afanosamente por las instituciones de inteligencia de Chile, ya que estaba en plena vigencia la Ley que había declarado ilegal a dicho partido político.

Después de ese primer combate de su vida contra el poder perpetuo, afortunadamente sin mayores consecuencias por su minoría de edad, Jesús siguió sobreviviendo precariamente, como siempre. Logro encontrar trabajo en una fabrica de conservas de pescado, y también de harina, instalada en el puerto hacia algunos años y ubicada en la antes hermosa Playa El Colorado, en el extremo norte de Iquique. Esta industria acostumbraba contratar mano de obra barata disponible en la juventud estudiantil durante el receso vacacional veraniego y ofrecía también empleo definitivo a niños y niñas de 13 o catorce años de edad. Jesús en su tiempo de estudiante, hacía apenas un año que había abandonado la escuela, había trabajado aquí durante sus tres últimas vacaciones escolares, por lo que fue aceptado sin dificultades de ningún tipo.

Las aguas y orilla de la extensa y hermosa playa de arenas negras y finas, lentamente se fue tornando desolada, desagradable e inhóspita. Su aspecto ahuyentaba por la contaminación con los malolientes desechos que esta industria vaciaba casi en sus orillas. Esa playa, de tranquilas y tibias aguas, que era la preferida de Jesús cuando era niño para nadar, ahora su arena estaba en toda su larga extensión totalmente cubierta de restos nauseabundos de una variada gama de despojos industriales y de aceites. Sus aguas, antes límpidas y claras, ahora lucían verdosas, aceitosas, lo cual causó el total abandono de ella por parte de las poblaciones cercanas.

En esta industria pesquera se trabajaba a veces hasta las primeras horas de la madrugada y en ella laboraban también niños y niñas desde los trece años o catorce años, aproximadamente, especialmente en los meses de

Verano, tiempo de vacaciones escolares. Para Jesús este trabajo era como una diversión y casi su hogar, pues trabajaba desde la mañana hasta pasada la medianoche. Se alimentaba con lo mejor del sabroso atún o bonito cocido que tenía a su disposición en los grandes mesones donde las mujeres enlataban este producto de exportación.

El trabajo era entretenido, porque habían bastantes niñas con las cuales Jesús flirteaba inocentemente con una o con otra. Era como estar en el colegio, pero aquí las chiquillas no lo discriminaban, porque todas eran iguales, todas trabajaban igual que él y todas eran pobres, igual que él. Pasó momentos muy agradables en este lugar, no obstante el trabajo prolongado y agotador.

A ratos se acordaba de sus profundos pensamientos sobre la explotación, los bajos salarios, la opresión de los trabajadores, etc., que era un tema que la mayoría de los jóvenes rehuía ya sea por temor al despido o bien porque estaban prejuiciados por la propaganda o simplemente no entendían nada.

La mayoría optaba solamente en pololear, divertirse, salir a bailar los días sábados, casarse, a lo mejor tener hijos y vivir sin mayores ambiciones. En general estaban domesticados, no tenían conciencia cuan miserable y humillada era la vida para ellos, especialmente las niñas y mujeres.

En esos años la locomoción colectiva en Iquique era muy escasa y debido a la lejanía de la fábrica con respecto a la población los operarios tenían un gran problema para llegar a su trabajo. Las mujeres debían caminar varios kilómetros desde el sector poblado de la ciudad y atravesar terrenos desérticos, solitarios y baldíos para llegar al extremo norte de ese territorio, lugar donde se situaba la fuente de trabajo.

Jesús habituado en sus correrías conocía cada detalle de su pueblo y por lo tanto no le afectaba el caminar por rutas que pocas personas conocían, para acortar camino hacia su trabajo. Pero para las niñas era un angustiante sacrificio atravesar esos lugares aislados todos los días para lograr llegar a sus trabajos. La empresa dispuso, después de exponer la situación por los dirigentes sindicales, algunos camiones con barandas altas para trasladar a los trabajadores, la gran mayoría de ellos mujeres, niños y niñas. Los vehículos hacían un recorrido establecido por las calles del puerto, como si fueran microbuses y paraban algunos minutos en determinados puntos fijos, para que la gente subiera.

Estos camiones cargados de mujeres, hombre y niños se paseaban por Iquique recibiendo a su paso por las calles las puyas groseras de la gente

sobre el típico mal olor a pescado que desprende la gente que labora en este tipo de faena. La verdad es que esta penetrante, persistente y desagradable fragancia a pescado parecía que se impregnaba en la piel, ya que no había jabón, baño o perfume que pudiera neutralizarla. Y las pobres mujeres ruborizadas y avergonzadas soportaban todo tipo de calificaciones, mientras de pie, apretujadas arriba del camión, eran lanzadas de un lado a otro por los bruscos virajes del vehículo.

Jesús observaba este espectáculo vergonzoso y humillante para esas pobres niñas. Sentía especial indignación cuando notaba en los rostros de esas mujeres el pudor ofendido, su calidad femenina ultrajada, transportadas como ganado en un camión ni siquiera apto para trasladar animales.

Quizás estas personas no tenían conciencia de la miserable vida que soportaban por su apremiante necesidad de trabajar para ayudar a sus padres. Jesús se admiraba por la gran capacidad de pasiva resignación como casi todos toleraban y aceptaban estos hechos como si fueran normales y justos. Le causaba mucha pena y también indignación la actitud que asumían cuando se les intentaba hablar de temas que insinuaran siquiera una reclamación por tal o cual cosa o que sospecharan que era un asunto sindical o político, simplemente se alejaban displicentes.

A pesar de todo, Jesús siempre se acuerda de ese período y lugar, porque aquí fue donde inició su vida de hombre, pues ahí conoció a una adolescente con la cual experimentó el hermoso sentimiento recíproco que atrae al hombre y a la mujer.

-----